

Ausencias

MARCO NEGRÓN

Martes 18 de Febrero de 2014

Con apenas semanas de diferencia pero en circunstancias muy distintas, este inicio de año ha sido testigo de la desaparición de dos venezolanos de excepción.

Pedro Pablo Azpúrua falleció a los 96 años luego de una rica vida profesional enfocada en la planificación del territorio y de las aguas; aunque no basta para resumirla, es suficiente para colocarlo, al lado de Arnoldo Gabaldón, Carlos Raúl Villanueva o Lya Imber, entre esos auténticos titanes que sentaron las bases de la modernidad venezolana: una generación cuya juventud transcurrió durante los años funestos del gomecismo, por lo que nacieron a la vida profesional en un país donde todo estaba por hacer. Centrarón sus esfuerzos en el sector público hasta colocar a la nación entre las más avanzadas de América Latina, apuntando a convertirse, como escribía en 1957 Celso Furtado, en «el primer país de clima tropical a incluirse entre las naciones de más elevado nivel de ingreso».

John Machado, a quien Pedro Pablo casi duplicaba en edad, no tuvo la dicha de morir entre los suyos: fue asesinado durante un intento de secuestro la noche del 28 de enero. Había nacido y crecido en un país que, aun sin haber alcanzado la meta vislumbrada por Furtado, era muy distinto: con una democracia que parecía consolidada definitivamente y envidiada por muchos, una infraestructura sin par en la región y una arquitectura -la carrera que había elegido- que en aquellos años alcanzaba altas cotas de excelencia. Y sobre todo con universidades como la UCV en la que se formó, que gracias a la democracia habían recuperado la autonomía y se convertían en estructuras complejas capaces de ir más allá de la formación de profesionales solventes.

Creo que nunca llegaron a conocerse, pero aun sin saberlo representaban la continuidad de una gesta admirable. Sin embargo la ilógica, prematura desaparición de John rubrica lo que ha sido nuestro fracaso como sociedad: teniendo recursos inigualados, se ha terminado encallando en la miseria material y moral en la que hoy chapoteamos.

¿Cuál fue el punto de inflexión donde se produjo la sustitución de las generaciones de constructores por la que ahora, con el orgullo de los estúpidos, va por el mundo «con el mazo dando»? La indolegable insurgencia estudiantil de estos años permite pensar que aquella línea sucesoral que arrancó a finales de la década de 1930 no se ha agotado y que los atormentados y atravesados en su camino son apenas un accidente, grave sin duda pero inevitablemente destinado a desaparecer.

Sin embargo, el asesinato de jóvenes manifestantes la semana pasada, la escalada represiva y la impudicia de un régimen que se jacta de producir un blackout informativo son signos ominosos que aumentan el vértigo causado por el vacío que dejan aquellas ausencias.

@marconebron